

La nueva concelebración

Claude Barthe

La concelebración tradicional era eminentemente jerárquica: el pontífice romano, al igual que algunos obispos diocesanos, que cuando celebraban pontificalmente lo hacían con la asistencia de todo su «senado» (el colegio cardenalicio para el papa, el cabildo catedralicio para el obispo), se asociaban en algunas ocasiones particularmente solemnes a algunos de los miembros de la orden de sacerdotes de ese senado (4, 6) que concelebraban con ellos el sacrificio.

Por el contrario, la nueva concelebración instaurada en 1964-1965, que ya no requería la presidencia pontificia del obispo, reunía a un número a veces considerable de celebrantes y se convirtió en una forma universal y habitual de celebrar. En la liturgia, donde todo es símbolo, muy visible, se encontraba aquí la traducción de una igualdad en el sacerdocio —real, por cierto—, pero inclinada en un sentido «democrático». San Tomás, por el contrario, en la *Suma Teológica*, IIIa q 82 a 2, al referirse a la concelebración de la misa de ordenación sacerdotal a la Última Cena —que no fue una concelebración, sino una donación del sacerdocio por parte del Sumo Sacerdote a sus Apóstoles—, insistía en la raíz jerárquica de este rito paritario: los sacerdotes ejercen entre ellos y con el obispo un poder eucarístico idéntico, que han recibido del obispo, como los Apóstoles lo recibieron de Cristo.

Recordemos que, concretamente, antes de la reforma de Pablo VI, el rito romano solo conocía tres concelebraciones eucarísticas: la concelebración del consagrante principal y del obispo o obispos consagrados durante una consagración episcopal; la concelebración del obispo que ordena y de los sacerdotes ordenados durante una ordenación sacerdotal¹; y la concelebración del arzobispo y de seis sacerdotes que le asistían durante la misa pontifical del Jueves Santo en Lyon, en la que se consagraron los santos óleos, siendo esta última la última y única testigo de las pocas concelebraciones romanas del papa y los cardenales sacerdotes, que tenían lugar en las fiestas más importantes hasta principios del siglo^{XIII}.

En cambio, en los ritos orientales estaba mucho más extendida, pero de forma diversa: entre los ortodoxos griegos, las palabras esenciales solo las pronuncia el obispo; entre los sirios uniates y jacobitas, entre los malankares, varios sacerdotes celebran juntos, pero consagran materias eucarísticas distintas; en cuanto a los sirios y los coptos disidentes, no conocen la concelebración.

¹. Cabe señalar la opinión que mencionamos en nuestra contribución sobre la concelebración de Lyon. El oratoriano Pierre Lebrun (1661-1729), en la 15.^a de sus *Disertaciones históricas y dogmáticas sobre las liturgias de todas las iglesias del mundo cristiano*, «Sobre el uso de recitar en silencio una parte de la misa en todas las iglesias del mundo» ([Explicación literal, histórica y dogmática de las oraciones y... - Pierre Lebrun - Google Libros](#)), donde critica las pretensiones de los liturgistas jansenistas de querer que se recite el canon en voz alta, niega a la misa que sigue a la ordenación sacerdotal el carácter de concelebración. El pontífice pronuncia las palabras del ofertorio y del canon en voz clara para que los nuevos sacerdotes puedan repetirlos con él. Pero su posición de rodillas, al pie del altar, sin hacer los gestos del pontífice, demuestra, según Lebrun, que no concelebran, sino que se ejercitan en decir las oraciones que tendrán que pronunciar en su primera misa. Lebrun citaba la rúbrica del Pontifical de Durand de Mende, del siglo XIII que decía: *dicunt (novi presbyteri) totum submissa voce sicut si celebrarent*, «como si celebraran».

1. El movimiento litúrgico de los años 50 y la desvalorización de la misa individual

Hay que tener presente que la multiplicación de misas privadas, misas sin canto y celebradas sin solemnidad por un sacerdote, se ha convertido en una de las grandes características de la Iglesia latina en general, y de la romano-franca en particular. Este desarrollo correspondió a una profundización teológica del valor del sacrificio de la misa ofrecida *pro vivis et pro defunctis*: los frutos del único sacrificio de la Cruz se aplican tanto más por los sacrificios de la misa que lo renuevan, cuanto más numerosas son las misas, lo que permite su celebración no solemne. Sin embargo, es posible que también hubiera misas privadas en Oriente, al menos en la época de la persecución iconoclasta, pero en Occidente están atestiguadas por la *Regula vitæ communis*, o *Regula canonicorum*, regla compuesta para sus canónigos por Chrodegand, obispo de Metz en el siglo VIII.

Han sido criticadas de forma recurrente por historiadores que responsabilizaban especialmente a San Gregorio Magno de su «invención». El origen lejano de esta crítica era la que Luther había vertido contra las «obras». La historiografía del siglo^{XIX} y posteriores siguió sus pasos. El último representante de esta crítica ideológica es Cyrille Vogel, en los años ochenta².

Por lo tanto, la concelebración se mencionaba muy a menudo como un elemento de renovación de la liturgia de la misa para «recuperar su pleno significado» en las múltiples reuniones organizadas por los sacerdotes y religiosos del Movimiento Litúrgico. En un contexto en el que la misa pontifical e incluso la misa solemne con diácono y subdiácono, irónicamente denominada «a tres caballos», se consideraban demasiado «pomposas», y en el que las misas sacerdotales privadas tenían una connotación negativa, se quería valorizar las misas comunitarias dialogadas, haciéndolas celebrar por varios sacerdotes, aunque fueran de igual dignidad. Las razones aducidas eran diversas: manifestar la unidad del sacerdocio; inspirarse en las celebraciones orientales (lo que también fue una de las razones aducidas para la multiplicación de las oraciones eucarísticas durante la reforma).

El Movimiento Litúrgico se había organizado como un auténtico grupo de presión³, con coloquios, reuniones internacionales, conferencias, revistas, *La Vie liturgique*, boletín fundado por Dom Lambert Beauduin, *La Maison-Dieu*, del Centro de Pastoral Litúrgica, *Questions liturgiques et paroissiales*, de la abadía de Mont-César, las *Ephemerides Liturgicæ*, dirigidas por el P. Annibale Bugnini, y *L'Art sacré*, de la que hablaremos más adelante. Los coloquios consistían en sesiones de trabajo entre expertos, seguidas de jornadas abiertas al público, compuesto esencialmente por sacerdotes y obispos. Siguiendo este modelo, en septiembre de 1953 se celebró el encuentro de Lugano, donde Herman Schmidt, de la Universidad Gregoriana, habló de la reintroducción de la concelebración el Jueves Santo. En 1954, en Mont-César, se reunieron solo expertos: volvieron a hablar de la concelebración, sobre la cual la Secretaría de Estado les recordó que no tenían ninguna

²Véase, por ejemplo, Cyrille Vogel: «Deux conséquences de l'eschatologie grégorienne : la multiplication des messes privées et les moines-prêtres», en *Grégoire le Grand*, Colloque de Chantilly, ed. Jacques Fontaine (París, 1986), pp. 267-276.

³; Claude Barthe, *Histoire de la messe de Vatican II* (París, 2018), pp. 41-51.

autoridad decisoria, como veremos más adelante, ya que los alemanes defendían la concelebración silenciosa y los franceses querían un mínimo de formulación (al menos la de las palabras de la consagración). En septiembre de 1956 se celebró en Asís el «Primer Congreso Internacional de Liturgia», que reunió a 30 expertos, 1400 sacerdotes y 80 obispos o abades, y que dio lugar a un mensaje de Pío XII que se mencionará más adelante. En 1960, el congreso se celebró en Múnich, donde se habló más ampliamente de la concelebración, esta vez con la vista puesta directamente en la reforma conciliar, con una importante conferencia de Aimé-Georges Martimort⁴.

Los artículos se multiplicaban. En 1945, el canónigo Maurice Michaud, párroco de la diócesis de Lyon, en un número de *La Maison-Dieu*⁵, destacaba «las ideas principales» que debían regir este nuevo uso. Señalaba: «A los ojos de los fieles, dado el uso casi universal del altar dispuesto para la celebración de espaldas al pueblo, el retorno a la disciplina antigua tiene el aspecto de una innovación». En 1946, Dom Beauvain trataba la deseable extensión de la concelebración en el rito romano, con estas precisiones: «La concelebración solo tendría lugar bajo la presidencia del obispo del lugar. [...] Este rito, *al menos al principio*, se reservaría para las grandes solemnidades» [el subrayado es mío]⁶. Del mismo modo, Dom Adalberto Franquesa (1906-2005), monje benedictino de Montserrat, publicó en 1956, el año del congreso de Asís, un artículo sobre la concelebración⁷.

Se abrió un debate sobre si, históricamente, todos los concelebrantes pronunciaban o no las palabras de la consagración. Los testimonios históricos distan mucho de ser unánimes. ¿Pronunciaban las palabras de la consagración los cardenales que rodeaban al Pontífice Romano? De hecho, el testimonio más antiguo de la «concelebración hablada» se remonta al siglo VIII⁸. Pero, ¿no era esto una novedad? Dom Botte veía en el gesto de los sacerdotes que rodeaban al obispo extendiendo las manos sobre los oblatos, tal y como lo describe *La Tradición Apostólica*, una consagración silenciosa común⁹.

El padre Jean-Michel Hanssens (especialista en Amalario de Metz, quien evoca la concelebración en Roma en la época carolingia), defendía la necesidad de las palabras para que hubiera una celebración común: distinguía entre la «concelebración sacramental», en la que todos los concelebrantes pronuncian las palabras de la consagración, y la «concelebración ceremonial», en

4. Aimé-Georges Martimort, «Le rituel de la concélébration eucharistique», conferencia en la sesión internacional de Múnich, en agosto de 1960, en *Ephemerides Liturgicae* 77 (1963), pp. 147-168.

5. «La celebración de la misa frente al pueblo», en *La Maison-Dieu* 2 (1945), pp. 93-123.

6. «La concelebración», en *La Maison-Dieu* 7 (1946), pp. 7-26.

7. «La concelebración: Nuevos testimonios», *Liturgica*, Tomo I, (Montserrat 1956), pp. 67-90.

8. Ordo III: «Los cardenales sacerdotes [...] rodean el altar y recitan el canon con el Pontífice, sosteniendo en la mano las oblatas, sin colocarlas sobre el altar, de modo que la voz del Pontífice se oiga bien, y consagran juntos el Cuerpo y la Sangre del Señor, haciendo solo el Pontífice las señales de la cruz».

9. «Note historique sur la concélébration ancienne», en *La Maison-Dieu* 35 (1953), p. 11.

la que permanecen en silencio¹⁰. Según él, la Iglesia primitiva, antes del siglo^{VIII}, no habría conocido la concelebración sacramental. Pío XII retomó esta distinción entre concelebración propiamente dicha y concelebración «puramente ceremonial». En el discurso que dirigió a los congresistas de Asís, el 22 de septiembre de 1956, precisó que para que hubiera concelebración en sentido estricto, era necesario que todos los sacerdotes pronunciaran juntos las palabras de la consagración¹¹. No precisó que se trataba de una decisión retroactiva, y los historiadores que creían en una concelebración muy antigua o incluso existente desde los orígenes de la Iglesia no se rindieron, estimando que el modelo hablado solo habría surgido cuando se pasó de una plegaria eucarística improvisada a una plegaria fija, lo que, en realidad, habría ocurrido mucho antes del siglo VIII^e siglo.

2. Las cuasi-concelebraciones

Durante las misas celebradas con motivo de los congresos internacionales de liturgia, muchos sacerdotes preferían asistir a la misa oficiada por uno de ellos y comulgar, en lugar de celebrar individualmente (se hablaba con desdén de las «fábricas de misas» que se organizaban tradicionalmente durante las reuniones de sacerdotes).

Pero ya en la época de Dom Odon Casel, fallecido en 1948, en la abadía de Maria Laach, con motivo de los retiros sacerdotales, los sacerdotes no celebraban la misa, sino que asistían a la celebrada por Dom Casel en la cripta, colocados delante de él en semicírculo y comulgando de su mano¹². Del mismo modo, en algunas parroquias y comunidades, los sacerdotes adquirieron la costumbre de asistir con albilla (y no con sobrepelliz) y estola a la misa celebrada por uno de ellos¹³.

En un artículo de *La Maison-Dieu*, el padre François Vandenbroucke abogaba por celebraciones comunitarias del tipo de las que se estaban generalizando en los encuentros internacionales¹⁴. Karl Rahner quería incluso que se considerara que estos sacerdotes que asistían a

¹⁰«De concelebratione eucharistica», en *Periodica de re morali, canonica, liturgica* 16 (1927), pp. 143-154; mismo lugar, 1928, pp. 93-127; y 1932, pp. 193-219.

¹¹Lo que había dicho anteriormente, de forma más alusiva, sobre los sacerdotes que asistían a la misa de uno de sus hermanos: «En cuanto a la ofrenda del sacrificio eucarístico, hay tantas acciones de Cristo Sumo Sacerdote como sacerdotes que celebran, y no como los que escuchan piadosamente la misa del obispo o del celebrante» (Discurso al episcopado del 2 de noviembre de 1954).

¹²Alexis-Ceslas Rzewuski, *À travers l'invisible cristal. Confessions d'un dominicain* (París, 1976), pp. 459-460.

¹³Waldemar Trapp (*Vorgeschichte und Ursprung der liturgischen Bewegung: vorwiegend in Hinsicht auf das deutsche Sprachgebiet*, Pustet, 1939) y Aidan Nichols (*Regards sur la liturgie et la modernité*, Ad Solem, 1998) consideran que *la Aufklärung* católica es el origen remoto del Movimiento Litúrgico en su versión de los años cincuenta del siglo^{XX}. Sin embargo, encontramos un eco de las «concelebraciones» en la Constitución apostólica *Auctorem fidei* de 1794, mediante la cual Pío VI condenó el sínodo de Pistoia, asamblea jansenista muy representativa de esta tendencia católica «ilustrada»: Pío VI rechazó la propuesta que pretendía «que se celebrara una sola misa, dos como máximo, cada día, y que bastara con que los demás sacerdotes concelebraran con la comunidad» (*Dz* 2691), entendiendo «concelebrar» probablemente en el sentido de asistir a la misa comunitaria y comulgar en ella.

¹⁴«La concelebración, acto litúrgico comunitario», en *La Maison-Dieu* 35 (1953), pp. 48-55.

la misa rodeando el altar practicaban una concelebración, aunque permanecieran en silencio. Según él, participaban de manera sacrificial en la eucaristía celebrada, pero no necesariamente de manera sacramental, una distinción que da que pensar¹⁵.

En algunos lugares también se produjeron cambios rituales en el sentido de una concelebración, como la celebración de misas sincronizadas, por ejemplo, durante peregrinaciones o grandes reuniones de Acción Católica: peregrinación de prisioneros y deportados a Lourdes, el 8 de septiembre de 1946; peregrinación de la Liga Femenina de Acción Católica a Lourdes en agosto de 1952; peregrinación de estudiantes a Chartres a partir de 1945¹⁶; reuniones con motivo de la peregrinación de la estatua de Nuestra Señora de Boulogne a Colombes y Rouen en 1946¹⁷. En estas misas sincronizadas, varios sacerdotes celebraban individualmente la misa en distintos altares contiguos o muy próximos entre sí, «sincronizando» sus gestos con los del celebrante principal en el altar central. Esta práctica fue prohibida por la instrucción *De Musica sacra* del 3 de septiembre de 1958.

Desde el punto de vista arquitectónico, a partir de los años cincuenta, la gran mayoría de los altares de nueva construcción se separaron de la pared del ábside. El objetivo era tanto poder incensarlos rodeándolos durante las misas solemnes como permitir posibles celebraciones frente al pueblo, que ya se practicaban¹⁸, y posibles concelebraciones que se esperaba que pronto se practicaran con un número importante de sacerdotes, ceremonias que los altares tradicionales habrían dificultado mucho. Los ejemplos de altares mayores que destacaba la revista *L'Art sacré*, de la editorial Cerf, dirigida por los dominicos Marie-Alain Couturier y Pie-Raymond Régamey, eran prácticamente todos de este tipo. Por otra parte, como una especie de manifiesto contra las misas privadas, al construir estas nuevas iglesias se procuró «volver» al altar único (o casi: por lo general contaban con un altar mayor y un altar del Santísimo Sacramento para las misas entre semana), una disposición que se creía que había sido la norma antes de la época carolingia y la «invasión» de las misas privadas.

Por otra parte, ya a principios de los años cincuenta se celebraban auténticas concelebraciones «salvajes» en la «parroquia piloto» de La Bouverie, en la diócesis de Namur¹⁹. Sin embargo, no hay que exagerar la importancia de estos «abusos», que seguían siendo limitados.

¹⁵Karl Rahner, «Dogmatique de la concélébration», *Questions liturgiques et paroissiales*, Mont-César, 36 (1955), pp. 119-135 – véase especialmente: p. 130. Separa la consagración del sacrificio afirmando que el celebrante principal sin duda consagra y sacrifica; los concelebrantes silenciosos tal vez consagran, pero en cualquier caso sacrifican.

¹⁶Cf. Samuel Pruvot, *Monseigneur Charles, aumônier de la Sorbonne: 1944-1959* (París, 2002).

¹⁷Durante la misa de Le Havre, los párrocos rodeaban el altar sin celebrar la misa, pero todos comulgaban del cáliz.

¹⁸Se conoce la reacción de Paul Claudel ante esta novedad, en un artículo del *Figaro littéraire* del 29 de enero de 1955, «La messe à La» («*envers*’l misa al revés). Protestaba contra la» costumbre cada vez más extendida en Francia de celebrar la misa de cara al público», de la que la parroquia de Saint-Séverin, en París, daba ejemplo.

¹⁹Jean-Thierry Maertens, «Une liturgie déchantée. Entretien inédit avec Bruno Roy» (Una liturgia desencantada. Entrevista inédita con Bruno Roy), en *Cahiers internationaux de Théologie pratique*, serie «Documents» 10 (1999), p. 42.

No obstante, formaban parte de un clima de rebelión de clérigos «progresistas», frente a los cuales los expertos del Movimiento Litúrgico parecían reformadores «moderados», un poco desbordados por una demanda que se intuía a punto de estallar. Esto anticipaba la situación en la que se encontrarían cuando estuvieran al mando. Esto ya era prácticamente el caso cuando Aimé-Georges Martimort dio su conferencia en Múnich, en 1960, y precisó, en un estilo que anunciaba el de los documentos conciliares y posconciliares (afirmación del principio, *pero* con tantas excepciones como se quisiera): «La concelebración solo se concibe, en la Iglesia latina, en torno al obispo diocesano y bajo su presidencia: encuentra su lugar normal dentro de la misa, donde este está rodeado de su clero ornamentado. *Sin embargo* [el subrayado es mío], no me parecería contrario a esta tradición que se admitiera también al clero ornamentado y la concelebración en torno a un dignatario, delegado del obispo»²⁰. Admitía hasta 25 concelebrantes, a veces más, pero nunca más de 80...

Cabe señalar también que, dado que abordó esta cuestión con motivo del congreso de Asís, se podía entender que Pío XII no cerraba absolutamente la puerta a la extensión de las concelebraciones propiamente dichas más allá de los tres casos existentes en el área romana (ordenaciones de sacerdotes y obispos, misa de Lyon del Jueves Santo). Sin embargo, en 1954, la Secretaría de Estado envió una carta a los expertos reunidos en Mont-César para informarles de que no tenían competencia para tomar una decisión en materia de concelebración. Y en 1957, el Santo Oficio respondió negativamente a Mons. Théas, obispo de Tarbes y Lourdes, que solicitaba un indulto para los santuarios de Lourdes, donde se practicaban, durante las grandes concentraciones, misas sincronizadas, tal y como se ha descrito anteriormente²¹. Es posible que Pío XII, en 1956, solo quisiera decir a los sacerdotes que preferían asistir a una misa en lugar de celebrarla individualmente que no estaban celebrando en absoluto.

Por lo demás, suponiendo que la Congregación de Ritos y la Congregación del Santo Oficio de Pío XII, que responsabilizaban en parte al CPL de las innovaciones litúrgicas inoportunas que se estaban produciendo en Francia, hubieran considerado oportuno ampliar la concelebración en el rito romano, cabe pensar que la habrían organizado siguiendo la línea que este rito había seguido históricamente: una concelebración de canónigos vestidos de gala alrededor del obispo diocesano, similar a la de Lyon, es decir, desde la reforma de la Semana Santa de 1955, durante la misa crismal del obispo, la mañana del Jueves Santo.

3. La reforma litúrgica y la concelebración total

En cualquier caso, esta preparación de la opinión clerical dio sus frutos. Cuando se inauguró el Concilio Vaticano II, la necesidad de ampliar la concelebración más allá de las misas de ordenación se consideraba evidente. La división entre los Padres conciliares sobre este tema se produjo

²⁰. Conferencia ya citada, publicada en *Ephemerides Liturgicae* 77 (1963), pp. 147-168.

²¹. Santo Oficio, 23 de mayo de 1957, Dz 3928.

únicamente en cuanto al número más o menos elevado de casos en los que podría tener lugar la concelebración. El texto que votaron, la constitución *Sacrosanctum Concilium*, el 4 de diciembre de 1963, por una abrumadora mayoría de 2147 votos a favor, contra 4, era típico de las puertas abiertas del Concilio Vaticano II («El uso de la lengua latina, salvo derecho especial, se conservará en los ritos latinos. Sin embargo...», SC, n. 36): la concelebración estaba prevista en casos determinados, pero... La concelebración estaba prevista en los siguientes casos: misas del Jueves Santo; misas de concilios, sínodos, asambleas episcopales; misas de bendición de un abad. Pero, además, podía extenderse, con la permiso del Ordinario, a las misas de las asambleas de sacerdotes, a las misas conventuales y, sobre todo, «a la misa principal de las iglesias, cuando la utilidad de los fieles no requiera que todos los sacerdotes presentes celebren individualmente» (n. 57). Esta extensión *ad missam principalem in ecclesiis*, tomada textualmente del esquema preparatorio, se refería en realidad a cualquier misa a la que asistieran fieles.

Incluso se redactó un primer *Ritus concelebrationis* antes de la promulgación de la Constitución. El trabajo fue retomado por el *Consilium ad exsequendam Constitutionem de Sacra Liturgia* y presentado a Pablo VI, quien permitió su uso *ad experimentum* el 26 de junio de 1964. Las pruebas se llevaron a cabo en abadías y conventos (en Francia, en la abadía benedictina de En Calcat, en el Tarn, y en el convento dominicano de Saulchoir, en París). Se concedió permiso para concelebrar durante el Congreso Eucarístico de Bombay en noviembre y diciembre de 1964. También se concedieron indultos a los sacerdotes enfermos, para que pudieran unirse a una celebración oficiada por otro sacerdote. Hubo muchas otras ocasiones en las que se concedieron permisos: en 1965 ya se habían concedido 720 indultos. Y, naturalmente, se celebraron numerosas concelebraciones sin autorización alguna.

La primera concelebración oficial tuvo lugar en San Pedro de Roma, el 14 de septiembre de 1964, presidida por Pablo VI, durante la apertura de la tercera sesión del Concilio. Se repitió en diciembre, durante la clausura de la sesión. Además de la publicidad que estas ceremonias dieron a la concelebración, también tuvieron como efecto una notable simplificación de los ritos de la capilla papal. Al regresar a sus diócesis al final de la sesión, muchos obispos presidieron ceremonias similares.

Por lo tanto, uno de los primeros textos elaborados por la Comisión nombrada por Pablo VI en 1964, y publicado por ella y por la Congregación de Ritos, fue el *Ritus servandus in concelebratione Missæ et ritus Communionis sub utroque specie*²². Cabe señalar que fue la concelebración la que abrió oficialmente el camino a la supresión de la antigua regla romana del «silencio del canon» (recitación en voz baja), ya que algunos concelebrantes recitaban las oraciones por turnos y algunas partes (consagración, conclusión del canon) se recitaban en común e incluso podían cantarse. En realidad, la costumbre de recitar las oraciones del canon en voz alta ya estaba

²². Typus Polyglottis Vaticanus, 7 de marzo de 1965.

generalizada, especialmente cuando los sacerdotes lo recitaban, sin tener derecho a ello, en lengua vernácula.

El decreto afirmaba que la concelebración por varios sacerdotes manifestaba más claramente (*quasi ab oculos ponitur*) la unidad del sacerdocio, lo cual es comprensible. Pero el decreto también decía que manifestaba la unidad del sacrificio de la cruz, lo que es menos evidente, salvo que se considere, especialmente con una intención ecuménica hacia el protestantismo, que la multiplicación de los sacrificios de la misa velaba esta unidad, según afirmaba una teología cada vez más común.

El *Ritus concelebrationis* aplicaba las normas del n.º 57 de *Sacrosanctum Concilium* y explicaba que se podía utilizar esta forma de celebración: en las misas crismales o en las misas vespertinas del Jueves Santo; en concilios, sínodos y reuniones de obispos; en la misa de bendición abacial; en las reuniones sacerdotales; y, con la permiso del Ordinario, en la misa conventual y parroquial principal, cuando la utilidad de los fieles no requiera misas celebradas individualmente.

De hecho, solo las misas *sine populo* estaban teóricamente excluidas del ámbito de la concelebración, aunque la presencia de varios concelebrantes podía considerarse como «pueblo». Basándose, en particular, en las palabras de moderación de una carta del 30 de junio de 1965 del cardenal Lercaro, presidente del Consilium para la reforma de la liturgia²³, el tema de la sobriedad en el número de concelebrantes para una concelebración digna será posteriormente objeto de una serie de obras, como la de Nicola Giampietro, *La concelebrazione eucaristica e la comunione sotto le due specie nel corso della storia liturgica*²⁴ o la de Guillaume Derville, *La concélébration eucharistique. Du symbole à la réalité*²⁵. Sin embargo, nunca se ha establecido legalmente ninguna restricción en cuanto al número de concelebrantes, ya que las concelebraciones papales, incluidas las presididas por Benedicto XVI, han podido reunir a una gran multitud de sacerdotes.

Pero además, las mini-concelebraciones se hicieron frecuentes, practicadas por algunos sacerdotes, a veces solo dos, deseosos de celebrar juntos en lugar de individualmente, haciendo caso omiso del carácter jerárquico de la concelebración. En concreto, el aumento del número de concelebraciones y del número de concelebrantes cada vez que era posible también contribuyó al efecto general de debilitamiento del rito de la misa. Y así, el rito romano, contrariamente a su tradición de multiplicación de los sacrificios eucarísticos, se convirtió en un rito de concelebración habitual.

Abbé Claude Barthe

²³«Será, pues, oportuno promover la concelebración en los casos en que pueda ser beneficiosa para la piedad de los sacerdotes y los fieles. [...] En efecto, la celebración individual, incluso sin la asistencia del pueblo, conserva toda su importancia doctrinal y ascética y la plena aprobación de la Iglesia».

²⁴ Fede & Cultura, 2011.

²⁵ Wilson & Lafleur, 2012.